

Buscando mi madrede Dios*

Arnoldo Palacios

Tú, amigo, anclado desde tu propio pecho insondable, piensa en lo que es nacer en una margen del Océano Pacífico, sabiendo que sólo más allá del más nunca, al occidente, se fija la otra orilla. Yo aquí, en tierra firme, cuasi virgen, protegida por el paredón de la Cordillera del Chocó, al oriente. Aquí donde desde el principio del mundo los seres indios que la naturaleza engendró, y que los conquistadores y colonizadores no alcanzaron a exterminar, fueron en parte reemplazados en América por negros africanos esclavos que lograron afincarse en la desgracia, compartiendo la fauna, la flora, con los aborígenes. Aquí, en el continente, en el Chocó, repito, desnudo nací yo y, en pañales, me trasladé a Bogotá, "buscando mi madrede Dios."

Me bajé del tren en la Estación de la Sabana. Las casas o edificios eran tan altos que impedían contemplar la inmensidad de esta ciudad. Pero no había ríos caudalosos, torrentosos, ni mucho menos quebradas; tampoco árboles gigantes, tupidos, que pudieran ser contemplados hasta donde alcanzara la vista. En cambio circulaba un gentío apiñado como hormigas; no se escuchaba el murmullo del agua ni el soplo del viento, sino el ruido ininterrumpido de cosas rodando, entrechocándose, voces, gritos, brotados de allá y acullá, incluso estruendos, ¡y qué cantidad de carros, camiones, tranvías, yendo y viniendo a través de calles anchas.

Me iban llamando la atención suntuosas iglesias de empinadas torres..., fachadas de la dorada Capilla del Sagrario contigua a la catedral Primada, la columnata del Capitolio, imperio de las leyes, el Palacio Presidencial llamado de Nariño, la Plaza de Bolívar con la estatua ecuestre del Libertador rodeada de enjambre de palomas familiares.

Según lo que decían, Bogotá era una ciudad tan grande que no podíamos abarcarla

ni fijando los ojos hasta donde alcanzaba la vista. Cerros de Monserrate y Guadalupe, escalados por millares de penitentes subiendo arrodillados; vértebras colindantes en forma de lomas cercanas que se desplazan insurrectas, encerrando a sus pies la planicie verde, irreductible verde, de nuestra sabana. Mas no corrían ríos correntosos, imponentes, ni quebradas siquiera. Ni árboles ciclópeos centenarios, ni selva sombría, impenetrable. Había sí bosques fragantes de eucaliptos.

Había venido a Bogotá para estudiar. Mi primo Luis Julián Moreno --hoy reputado ingeniero agrónomo-- me había precedido en la capital; él me llevó al Externado Nacional de Bachillerato Camilo Torres con el objeto de matricularme. El rector era el doctor José María Restrepo-Millán. Mi primo y yo vivíamos en precarísimas condiciones económicas.

Recién iniciado el año lectivo el rector tuvo a bien convocarme a su despacho:

-Tú vienes de un departamento en el cual se camina sobre toneladas de oro y platino; pero, sus habitantes son pobres, pobres... ¿Como harás tú, entonces, para sostenerte y estudiar en Bogotá?

-Quien vive en el Chocó, doctor Restrepo --le contesté-- queda equipado para vivir en cualquier parte del mundo.

Entonces, me pidió llevarle mis certificados escolares.

-Según la excelencia de tus calificaciones --concluyó él-- escribiré al Ministerio de Educación.

Días después, habló con su esposa e hija, para advertirles que, a partir de esos momentos, me invitarían a almorzar en su residencia. Me recibieron como a un hijo. Además, el doctor Restrepo-Millán me permitiría frecuentar su biblioteca y utilizar su escritorio.

El Ministerio respondió adjudicándome una beca. Descansó mi corazón con la garantía de concluir mi bachillerato. Salvo el frío de las madrugadas, me abrigaría buen techo.

Tuve la fortuna de ser su discípulo en latín, lo cual significaba de plano mi introducción al humanismo, considerado éste como base-guía científica, digna de robustecer el cerebro, tendiente a nutrir los valores que justifican una agradable existencia de la sociedad humana.

Me inclinaba por el camino de la creación artística, rama literaria. El doctor Restrepo-Millán se dió cuenta de mi pasión por dicho campo. Fuera de la enseñanza a través de su cátedra como, por ejemplo, el estudio de *La Eneida* de Virgilio, empleaba su sabiduría haciendo uso de tino milimétrico para impregnarme del arte de escribir, aprendiendo de los clásicos sin sacrificar mi propio estilo.

Una vez graduados de bachiller con mi grupo del Camilo Torres y que cada cual por su cuenta escogió su carrera, me decidí por el Derecho en la Universidad Libre, la cual abandoné agarrándome de la literatura, alentado por mis incursiones al Café Fortaleza, punto de encuentro de los intelectuales en Bogotá, según me había indicado mi condiscípulo del Camilo Torres, Pedro Acosta Borrero, que ya era periodista de "El Liberal." Al Café, íbamos a filosofar los jóvenes escritores y a entrenarnos en las prácticas de nuestras ambiciones: circulaban capítulos a medio hacer, versos dispersos; caricaturas de Mardoqueo Montaña o las de Merino, éste con un rostro de guayabo negro; el cuaderno reciente de Gaitán Durán. Un domingo cualquiera por la tarde, estando el café un poco vacío sorprendimos al maestro León de Greiff leyendo un poema a las atentas señoritas que nos servían de camareras:

*Cambio mi vida, juego mi vida
de todos modos la llevo perdida.*

...y continuamos citando nombres: Edgar Negret, Fernando Oramas, Antonio Valencia, Julio Abril, Marco Ospina, Obregón.

Payán Archer, Carlos Castro Saavedra, Manuel Mejía Vallejo, Álvaro Mutis, Álvaro Monroy, José Salgar, Marco Fidel Chaves, José Alvear Restrepo, Rafael Rach Ferreira, Héctor Rojas Herazo, Ricardo Ortiz McCormic, Antonio Cardona Londoño, Clemente Airó, Rogelio Echavarría, Antonio Cruz Cárdenas, Fernando Arbeláez, Alberto Zalamea, hijo... Y los viejos: José Mar, Jorge Zalamea Borda, Eduardo Zalamea Borda (Ulises), Víctor Aragón, Jaime Soto, Hernando Téllez, Darío Samper, Alberto Galindo, Pedro Acosta Borrero, Mister Rochester, Luis Vidales, Carlos Martín, Eduardo Carranza, José Antonio Osorio Lisarazo; Samper, Pepón, Franklin, caricaturistas; los Caballero Calderón, Eduardo y Lucas (Klim); Luis Alberto Acuña; Mejía, locutor de la Radio Nacional y de la H.J.C.K. (El Mundo en Bogotá); Diego Montaña Cuéllar, Gerardo Molina, los pintores Alipio Jaramillo y Gómez Jaramillo, Miguel Arbeláez Sarmiento; Casimiro Eigger, pionero de Galerías. Dos damas de cuando en vez nos hacían el honor fugaz de sus visitas, la bella poetisa Maruja Vieira, y Esmeralda Arboleda de Uribe, destacada feminista del Partido Liberal, iniciando el camino de su brillante carrera política.

El Café Fortaleza sufrió la destrucción del 9 de Abril. El nuevo propietario le puso el nombre de "Automático" el cual apareció en mi obra como acogedor de los intelectuales, semejante al Café de Flore en París.

Cobijado por el ambiente del antiguo Fortaleza y ahora Automático, y del famoso radio-periódico Onda Libre de José Mar y Jaime Soto, quienes con su ilustre equipo, al cual me habían introducido, ya aparecía citado entre los asiduos del Café. Había yo terminado de escribir *Las estrellas son negras*, cuyo manuscrito estaba sacando en limpio ... "¡Mataron a Gaitán!" Estalló el 9 de Abril. Se calcinó, pues, mi único manuscrito, sin que se salvase ni una hoja; en tres semanas, de un tirón, reconstruí *Las estrellas son negras*.

Para consagrarme por entero a ésta, que no considero exagerado calificar, de ardua labor, conté con la generosidad de doña Elvira Medina de Dávila, doña Matilde Espinosa

de Pérez, de Antonio Cardona Londoño. Y muchos otros amigos.

El doctor Restrepo-Millán ignoraba por completo que yo había escrito esa novela. Al enterarse de que acababa de ser impresa por Editorial Iqueima en 1949, envió a *El Tiempo* un ensayo al que, después de terminado, agregó un post scriptum:

“En suma, pues, me ha dado este libro sorprendente el goce máximo para un maestro

nato: el ver que otro discípulo le ha cogido la delantera.”

Hoy cargo la distinción de Gran Caballero de la Cruz de Boyacá y la de Gran Orden del Ministerio de Cultura, impuestas en Bogotá, la primera por el Presidente de la República, doctor Ernesto Samper Pizano, y la segunda por el Ministro de Cultura, doctor Ramiro Osorio Fonseca.

* La palabra “madrededios” creada por el autor de la obra titulada *Buscando mi madredediós* que no utiliza sentido religioso propiamente, quiere decir: buscar su suerte, buscar su pan cotidiano, rebuscarse.
